

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MEXICO, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO, EN LA CENA OFRECIDA EN HONOR DEL PRESIDENTE DE PERU, ALAN GARCIA PEREZ

Excelentísimo señor presidente de la República de Perú; distinguida señora de García; señoras y señores:

Es un privilegio recibir en México al presidente del Perú y a sus distinguidos acompañantes. Llega con ellos una vigorosa tradición de nuestra cultura política que reafirma, en la legítima inconformidad de los pueblos de América Latina, su derecho inalienable a construir su propio destino, en ejercicio pleno de su soberanía y de promover el cambio económico y social en la libertad, la democracia y la justicia social.

Extiendo a nuestros visitantes la fraterna hospitalidad de los mexicanos y al presidente Alan García, en particular, nuestro reconocimiento por su impulso decidido y sin reservas a la amistad y a la fecunda comunicación entre nuestras naciones. El pueblo de México no olvida, señor presidente, que en los días trágicos de los terremotos de septiembre de 1985, usted tuvo la deferencia de hacernos una visita personal.

Firme y natural es la relación histórica de Perú y México. Nuestro ilustre huésped, además, le ha transmitido algunos rasgos distintivos de su propia personalidad: dinamismo, genuina simpatía, respeto irrestricto a las razones del interlocutor y una apasionada fe en los destinos de América Latina. Así, no es extraño advertir que las nuevas generaciones reconozcan, en la estimulante gestión del presidente García su sólida convicción nacionalista y el gran esfuerzo que realiza por consolidar una democracia basada en el sentido libertario más genuino de nuestros pueblos latinoamericanos y sustentada en un permanente ejercicio de justicia social.

En el continente nos sentimos orgullosos del Perú, de sus ricas y hondas raíces culturales, de la fortaleza de su pueblo. Desde sus orígenes, su país representa la síntesis y la continuidad de nuestras identidades esenciales: la tierra, el arraigo, el sentimiento de comunidad que, lejos de ser excluyente, ha sido la base de un sistema de relaciones convergentes por sus afinidades de cultura y de sangre.

No se piense, sin embargo, que el pasado común lo es todo. Imposible contemplar pasivamente las glorias transcurridas, como si la historia volviera a cumplirse en forma automática.

En ocasiones ha ocurrido que, absortos en tales pensamientos, nuestros países han perdido oportunidades

cruciales para su integración. Pugnar por la unidad de América Latina no es una tarea vinculada con un porvenir difuso, que apenas nos incumbe. Es luchar por el presente con tenacidad y pragmatismo. Es iniciar el tiempo futuro en esta hora latinoamericana mediante pasos firmes y concretos.

El diálogo de nuestras naciones, de gran importancia intrínseca, se inscribe en el marco de notorias simetrías y de muy antiguas coincidencias. Los fundamentos de sus esencias nacionales se asientan en la fuerza de su pluralidad social.

Al emanciparse, el proceso de mestizaje generó en los dos países la base de una nacionalidad sustentada en la búsqueda de reivindicaciones populares y el cambio social como horizonte natural. La conciencia de su diversidad exigía el respeto a los valores propios y a las expresiones singulares de cada grupo. Naciones de muchas voces y perfiles: en ellas, la democracia y el diálogo político acabaron por constituir una auténtica necesidad, una forma de vida y no una simple modalidad de gobierno.

En este espíritu de confluencias no es difícil imaginar el efecto que produjo, a principios de siglo, la Revolución mexicana en la vida política de Perú. Hacia los años veinte, nuestro país se convirtió en un fértil campo de experiencias, de ideas y de movimientos de vanguardia. En su recuperación, la nación mexicana confirmaba que las grandes causas poseen un señalado poder de convocatoria, y que no hay historia sin la conjugación adecuada de los hombres precisos en la circunstancia requerida.

Aquí, José Carlos Mariátegui encontró la energía de un pueblo que se transformaba para modificar no sólo su rumbo sino su percepción de las cosas. Aquí, Víctor Raúl Haya de la Torre conoció a José Vasconcelos, trabajó con él y se involucró, como todos, en la gigantesca tarea de la construcción de un nuevo país. Porque la Revolución había sacudido un orden caduco, había que recrearlo todo. Epoca de fundación y de recreación de la nacionalidad, la era revolucionaria fue también una chispa modernizadora. Aquí, en 1924, en la vieja casona universitaria de San Ildefonso, nació el APRA como una propuesta de renovación política en el Perú y que, a la vez, llamaba a una alianza de América Latina para asumir un compromiso con el futuro.

Desde entonces, nuestros vínculos tienen una doble dimensión. Por una parte, son la base de un entendimiento destinado a resolver las necesidades del desarrollo mediante la cooperación. Por la otra, representan un instrumento de revitalización nacional, que debe enfocarse hacia los escenarios donde se debate el destino de la comunidad mundial.

La concertación latinoamericana constituye, en este sentido, no sólo un acto de elemental congruencia con la historia de nuestros pueblos, sino un requisito para enfrentar las adversidades del presente y anticipar las exigencias del futuro. El siglo XXI se anuncia ya como un tiempo de vastas transformaciones tecnológicas y sociales de las que no debemos ni podemos sustraernos.

Ha costado años de esfuerzo y sacrificio construir un orden jurídico internacional que, sin embargo, es a menudo vulnerado por las políticas de fuerza, por el intervencionismo y por intereses económicos que desean instaurar nuevos modelos de dependencia y subordinación.

En América Central, las tensiones se recrudecen. Una secuela de intervenciones, militarismo, insuficiencias económicas estructurales e inestabilidades políticas han conspirado para generar un grave riesgo para la autonomía de las naciones afectadas. Perú y México aportan, junto con la mayoría de los gobiernos latinoamericanos, un esfuerzo diplomático sin precedentes en favor de soluciones pacíficas y de la libre determinación de los pueblos.

Hemos de reiterar que la paz en esa zona es fundamento de la paz en el continente. Habremos de redoblar, por ende, el estímulo a la negociación diplomática en un sentido integral de equilibrios, tal como propone el proceso auspiciado por el Grupo de Contadora y su Grupo de Apoyo, al cual contribuye Perú en forma destacada.

El conflicto centroamericano, con ser el problema más grave de la región, no es el único que confrontan nuestras naciones. El desarme mundial y la paz, el desarrollo, la revolución científica y tecnológica así como los efectos negativos de la deuda externa sobre nuestras economías son temas que requieren nuevos enfoques políticos y un impulso de enérgica negociación y concertación diplomática.

Perú y México, como el resto de los pueblos latinoamericanos, se encuentran ante la encrucijada de decisiones trascendentes. Se trata no sólo de determinar respuestas claras ante lo inmediato de la crisis sino, también, de procurar mejores condiciones para la viabilidad histórica de nuestras naciones. Ninguno de los mayores problemas que confrontamos se agota en el corto plazo. Todos ellos, en cambio, pueden convertirse en obstáculos de carácter estructural si no actuamos con firmeza y unidad en lo fundamental.

La modernización del aparato productivo, la superación del problema de la deuda externa y del comercio internacional y la integración regional son elementos cla-

ves de la agenda latinoamericana de estos tiempos. En cada caso resulta indispensable establecer proyectos propios y mantenerlos frente a los esquemas que se sustentan en el criterio inaceptable de una perpetuación de la desigualdad, la miseria y la postración.

No deseamos un porvenir con ataduras para el desarrollo. Buscamos, en cambio, una comunicación política efectiva, que nos permita encontrar respuestas favorables a las justas demandas de nuestros pueblos, quienes no pueden sostener indefinidamente los costos sociales de los ajustes económicos con efectos recesivos. La obligación histórica de las naciones endeudadas es, precisamente, la de crecer, para dar fundamento firme a un desarrollo social más justo. Si tal condición no se cumple, les resultará imposible asumir sus compromisos internacionales. De prolongarse la incompreensión del problema puede ponerse en serio riesgo no sólo la estabilidad del conjunto del sistema económico contemporáneo sino, sobre todo, el futuro de algunos países.

Las necesidades del desarrollo, la preservación de nuestra soberanía y un progreso social justo y equitativo hacen imperioso instrumentar, en los diversos ámbitos de la actividad internacional, estrategias de acción concertada. En la escala bilateral, debemos diseñar mecanismos imaginativos de consulta política, que abran perspectivas de mayor trasfondo a nuestras relaciones. Es preciso definir e identificar áreas específicas de complementación comercial e industrial, cooperación técnica e intercambio cultural y científico. Favorecer enfoques que trasciendan los marcos limitados de las declaraciones y se transformen en un cúmulo de acciones, de decisiones de gobierno y, por encima de todo, de relaciones fructíferas y equitativas entre las dos naciones.

Vemos con optimismo las posibilidades de cooperación en el terreno de los energéticos y, particularmente, en el establecimiento de planes conjuntos para el desarrollo de los recursos de gas del Perú. Se trata de una veta fértil de proyectos concretos de colaboración tecnológica, tanto en materia de creación de procesos propios como de adaptación de otros conforme a las condiciones y recursos de nuestros países.

Una colaboración de esta naturaleza encontraría aplicación en el establecimiento de instituciones de investigación, en la modernización de nuestras plantas productivas y en el aprovechamiento de las economías de escala, con miras a un comercio externo más racional y eficaz de nuestros productos estratégicos.

En este orden de ideas, es motivo de interés especial la búsqueda de mecanismos de estabilización de algunas materias primas que, como en el caso de la plata, constituyen un importante estímulo para nuestras economías. En todo caso, el universo de la cooperación exige, por su amplitud, una definición política y el diseño de relaciones específicas frente a la crisis, sin desmedro de la adopción de proyectos de mediano y largo plazos.

Debemos precisar, aún más, los alcances de los instrumentos normativos y convencionales con que contamos. Existen sectores que han de vigorizarse como el

transporte marítimo, la pesca y su lógico correlato de la defensa de las zonas exclusivas y patrimoniales, los fertilizantes y la producción de alimentos de acuerdo con nuestros modelos de consumo.

No cumpliríamos plenamente con el mandato de nuestros pueblos si diéramos a nuestros vínculos la dimensión unilateral de los intereses económicos y tecnológicos inmediatos. Tenemos, también, la responsabilidad de acrecentar nuestros canales de comunicación e intercambio en las artes y en la cultura. Perú y México cuentan con ricas y ancestrales expresiones en todos los dominios de la creatividad humana. Es asombroso el catálogo de conocimientos que atesoraban las antiguas culturas indígenas y no lo es menos el acervo que surgió del mestizaje y que tiene en nuestros días manifestaciones vigorosas y originales en los diversos campos de la cultura. Nuestras naciones están llamadas a acercarse, a conocerse mejor, a apreciarse más, a darle hoy un contenido substancial a la fraternidad histórica.

En el ámbito latinoamericano, reiteramos la necesidad de avanzar en el proceso de integración de una verdadera comunidad. Necesitamos dar mayor congruencia y efectividad a las diversas instituciones que hemos venido formando a través del tiempo, impulsar los mecanismos de consulta y coordinación, institucionalizar el Parlamento Latinoamericano y profundizar el fecundo diálogo que hemos emprendido en estos últimos años.

Señoras y señores:

Los tiempos exigen continuidad en la cooperación y solidez en las relaciones de amistad. Perú y México han

decidido estar a la altura de las responsabilidades que la época impone. Su fraternidad será aún más entrañable y su afecto crecerá en dignidad, respeto y solidaridad con base en una voluntad política manifiesta y en programas concretos de trabajo que habremos de ejecutar con perseverancia y eficacia. Este ha de ser, sin duda alguna, el primer resultado de su visita.

Conocemos la magnitud de los desafíos que se oponen a nuestra acción conjunta pero sabemos, asimismo, que la razón histórica está de nuestra parte. Esta lucha exige tenacidad, disciplina social, imaginación política, recursos que tienen nuestros pueblos. Su cohesión y su fe permitirán convocar a las fuerzas progresistas de América Latina frente a las tendencias antihistóricas del inmovilismo y de la intolerancia.

Señor presidente:

Al imponer a usted el Gran Collar de la Orden Mexicana del Aguila Azteca, por sus notables contribuciones a la amistad entre nuestros países, deseo pedirle que lleve al pueblo peruano el mensaje de afecto perenne que, por mi conducto, le envían los mexicanos. Hago votos porque esta fraternidad, que sellamos con su presencia, sea el símbolo de una América Latina unida en la defensa de su patrimonio y en la construcción de su futuro y su grandeza.

México, D.F., 24 de marzo de 1987.